

MADRE TRINIDAD DE LA SANTA MADRE IGLESIA
Fundadora de La Obra de la Iglesia

*Dios se es en sí, por sí y para sí
su misma razón de ser
en un acto coeterno e infinito
de vida trinitaria*

*Y mirándose en lo que a Él le hace ser Dios,
crea al hombre a su imagen y semejanza,
para que pueda ser hijo suyo,
heredero de su gloria
y participe de la vida divina*

*Todas las criaturitas
y toda la creación
van expresando en el Verbo
su sola canción de Dios*



Editorial Eco de la Iglesia

27-8-2000

DIOS SE ES EN SÍ, POR SÍ Y PARA SÍ
SU MISMA RAZÓN DE SER
EN UN ACTO COETERNO E INFINITO
DE VIDA TRINITARIA.
Y MIRÁNDOSE EN LO QUE A ÉL
LE HACE SER DIOS,
CREA AL HOMBRE
A SU IMAGEN Y SEMEJANZA,
PARA QUE PUEDA SER HIJO SUYO,
HEREDERO DE SU GLORIA
Y PARTÍCIPE DE LA VIDA DIVINA

Nihil obstat: Julio Sagredo Viña, *Censor*
Madrid, 28-09-2000

Imprimase: Joaquín Iniesta Calvo-Zataráin
Vicario General

Separata de libros inéditos de la Madre Trinidad de la
Santa Madre Iglesia y de los libros publicados:

“LA IGLESIA Y SU MISTERIO”,
“VIVENCIAS DEL ALMA” y
“FRUTOS DE ORACIÓN”

1ª Edición: septiembre 2000

© 2000 EDITORIAL ECO DE LA IGLESIA, S. L.

LA OBRA DE LA IGLESIA

MADRID - 28006	ROMA - 00149
C/ Velázquez, 88	Via Vigna due Torri, 90
Tel. +34 91 435 4145	Tel. +39 06 551 4644

E-mail: informa@laobradelaiglesia.org
<http://www.laobradelaiglesia.org>

ISBN: 84-86724-08-2

Depósito legal: M. 38.055-2000

¡Oh Soberanía eternamente trascendente del
Infinito Poder...! ¡Cómo necesito expresarte an-
te lo que mi *alma-Iglesia*, subyugada y arreba-
tada por la esplendidez de tu gloria, concibe
de tu trascendente misterio!;

Y que, iluminada por la penetración de tu
infinita sabiduría amorosa, he de deletrear con
mis pobres palabras creadas, con temor de
profanarte, al no encontrar la manera de decir
lo indecible y comunicar lo incomunicable.

Teniéndome que valer de los limitados mo-
dos humanos que están al alcance de la pobre-

za de mi pequeñez, para decir algo de lo que, impelida por tu infinita voluntad y bajo el impulso de manifestarlo, Tú pones en lo recóndito de mi espíritu para que lo comunique;

movida por aquel: “¡Vete y dilo...!” “¡Esto es para todos...!” que impregna toda mi vida y la lanza a proclamarlo del modo que puede, ante tu deseo sacrosanto, eterno e infinito de ser más conocido y, como consecuencia, más amado y reverenciado según a tu infinita Santidad le corresponde, y se merece por la excelencia de tu infinito ser.

Ante lo cual, mi pobre alma, anonadada, temblorosa y traslimitada, tiene que expresar con ocasión y sin ella, como puede, a través del tartamudeo de mi enronquecida voz, los misterios divinos.

Porque la gloria de Dios me lo exige por el querer apremiante de su infinita voluntad, que imprime su coeterno pensamiento en mi hondura como “el Eco” de la Santa Madre Iglesia en repetición del misterio, repleto y saturado de Divinidad, que en esta Santa Madre se encierra, para saturar a todos los hombres de la embriaguez de esa misma Divinidad que dimana de su Cabeza, que es Cristo, el Unigénito del Padre, que, encarnándose en las entrañas purísimas de la Virgen, se hizo hombre por amor.

El cual, siendo uno con el Padre y el Espíritu Santo morando en el seno de la Santa Madre Iglesia, profundizándome en sus infinitas riquezas, me impulsa con fuerza irresistible, en repetición de sapiente sabiduría amorosa de cuanto Dios ha puesto y pone en mi espíritu, tan sólo como el Eco diminuto de la Santa Madre Iglesia, y recibido de ella, a entonar mis cantares; participando de la expresión del Verbo, para proclamar como pueda algo de aquel insondable y coeterno misterio del Ser.

Del Ser que, siéndose sido en sí, por sí y para sí en subsistencia exuberante de Divinidad, es el único Ser coeterno, ¡el único Dios!, al tener en sí el potente poderío de ser su mismo Principio, sin principio y sin fin.

Ya que en Dios no existe el principio, porque nunca ha comenzado; ni tendrá fin, porque nunca termina; siéndose el Imprincipio, fuera de la bóveda de la creación y de la sucesión del tiempo.

Dios ya era en el principio,
aunque de él carecía;
Él era el mismo Principio,
y principio no tenía.

El Padre al Hijo engendraba
en conversación divina,
y el Hijo al Padre explicaba
la misma vida infinita.

Todo en el Verbo fue dicho,
y en Él mismo contenía
todo cuanto fue creado,
por serse Soberanía.

Dios no cabe en ningún sitio,
y en todas partes habita,
en su vida trinitaria,
por su potencia infinita.

Y Dios mora en nuestro tiempo,
y del tiempo carecía.

6-3-1967

Dios es el Ser, ¡el Ser...!, que, por serse, es tan subsistente y suficiente, que es el único Ser sido y poseído en sí mismo y por sí mismo. Y que, por tener en sí y por sí su misma razón de ser, sida y poseída, es todo lo infinito en infinitud de ser; siendo todo cuanto puede ser en la infinitud pletórica y exuberante de su infinita perfección, en un solo acto de vida y abarccción coeterna de intercomunicación trinitaria.

Dios es el Ser. Y este Ser Él se lo es, Él se lo tiene, Él se lo posee como en miríadas y miríadas de infinitos atributos y perfecciones; que, por la exuberante y pletórica perfección de sí mismo, lo es en un solo acto de perfección y de vida.

¡Oh lo que es Dios, que es todo cuanto infinitamente puede ser en su infinitud de coeterna trascendencia de ser!

¡Oh lo que se es El que SE ES, en su unidad de ser; en la cual, por perfección de su misma naturaleza y por plenitud infinita de serse, irrumpe en su acto de Contemplación Expresada en Amor!

Y toda su exuberante e inexhaustiva perfección Él se la ve, Él se la mira, Él se la contempla, Él se la abarca y se la posee en su acto de Contemplación rompiendo en fecundidad de sabiduría explicativa.

¡Oh lo que es Dios! que todo cuanto es, Él mismo se lo expresa en su serse Palabra infinita de inéditas e inexhaustivas melodías; y Él se lo ama en su serse Amor infinito, coeterno y personal.

¡Y Dios se es Padre y Dios se es Hijo y Dios se es Espíritu Santo! ¡Y se lo es por su ser subsistente e infinitamente suficiente en sí mismo, por sí mismo y para sí mismo!

¡Oh lo que es Dios, que todo cuanto puede ser se lo es en su solo acto familiar de vida trinitaria!

En un saber trascendente,
Dios se sabe lo que es
y lo que, en sí, puede serse,
que es serse lo que se sabe
que, por sí, Él puede ser.

Pues es tanto su poder,
que saberse, en Él, es serse;
ya que en Él se identifica
su potencia con su ser,
y su existencia infinita
con su manera de ser.

Potencia que es sin término;
vida que revienta en ser;
y ser que es tanta vida,
que, siempre fluyendo en Tres,
es todo sabiduría
por su infinito poder.

Dios se es lo que se sabe
que, por su ser, puede ser.

27-1-1967

¡Oh plenitud de vida de subsistente y coeterna Virginidad fecunda!, en separación infinitamente distinta y distante de todo lo que no es Dios mismo, siéndose su Virginidad trascendente en innecesidad infinita de todo lo que es creado; viviendo, en subsistente subsistencia, oculto y velado en el *Sancta Sanctorum* de su eterna Santidad, cubierto y envuelto en el misterio sacrosanto de su vida trascendente;

“Allí” donde, en sabiduría amorosa, Dios se es, vivido y penetrado en su sola e infinita Mirada hacia dentro, ¡hacia dentro!, el Ser que,

de tanto serse Ser, irrumpe en Fecundidad infinita y pletórica de Explicación Cantora en Abrazo de Amor eterno.

¡Oh infinito e inaccesible Ser!, anonadada en postración de reverente adoración ante la excelencia de tu coeterna santidad, e invadida por la luz de tu infinito pensamiento, necesito, impulsada por tu sapiental Cantar, expresar algo de lo que, desde tu mismo pensamiento y traslimitada por la luz de tu sabiduría, entiendo; comprendiendo, sin abarcar, el modo de cómo Tú te eres, ¡oh Padre Eterno!, Sapiental Sabiduría de Mirada amorosa.

Porque un solo mirar Dios tiene y se es en sí, por sí y para sí en el recóndito profundo del misterio de su inagotable e insondable ser.

Y tan fecunda e inexhaustivamente te lo eres, ¡oh Padre!, que irrumpes, por la fecundidad exuberante de tu ser, sido y poseído por ti en tu acto de vida repleto y saturado de divinidad, en un Hijo de Expresión Explicativa de inéditas Canciones; dándole todo lo que Tú eres y quedándote con todo en ti mismo y en el fruto de tu engendrar en Hijo; Luz de Luz de luminosa claridad de tu mismo pensamiento, y Figura de tu sustancia, en el principio sin principio de tu serte la Fecundidad infinita reventando, de tanto ser, en Paternidad engendradora; dando a luz al eterno *Oriens*, Verbo en de-

letreo amoroso de explicación retornativa, por el misterio consustancial de tu engendrar divino; al Hijo que estás engendrando y que siempre tienes engendrado, como Unigénito, fruto de tu contemplación.

En tal fruición amorosa de entre ambos que, en amor retornativo, hace surgir, en espiración amorosa de infinita Sabiduría sabida en Explicación cantora en un solo acto de ser, al Espíritu Santo; Amor radiante paterno-filial de penetrante y sapiental sabiduría, recibida del Padre y del Hijo; que abraza, en un romance infinito, el misterio trascendente, consustancial y trinitario del ser, sido por el Padre en sabiduría amorosa de Contemplación, expresado por el Verbo, y amado, como fruto de amor paterno-filial, en y por el Espíritu Santo; Beso infinito del Padre y del Hijo en disfrute dichosísimo de Familia Divina.

Yo conozco el taladrar
de Aquel que en mi pecho anida,
porque, en su vida escondida,
he logrado contemplar,
fuera de cuanto es de acá,
en sus lumbres encendida,
aquella ciencia sabida
de la excelsa Trinidad.

Y, por eso, mi alma henchida
ha regustado el gustar

que se da en mi palpar,
cuando me abismo en la Vida
de aquella Trina Unidad
que, en amores complacida,
de la alteza en que ella habita
me introduce en su gozar.

Yo sé a mi Dios como es
en su seerse grandeza,
porque, siendo levantada
por el poder de su fuerza,
me introdujo en su morada,
en la hondura de su grieta.

Y allí bebí del torrente
de su sapiental sapiencia,
hundida en sus Manantiales,
en tan aguda agudeza
en que me mostró su seerse
en sus maneras diversas.

Infinidad de atributos
rompen de aquella Belleza;
siéndose Dios Uno y Trino
cuanto puede en su potencia,
pudiéndolo todo ser
por su infinita excelencia.

Yo he visto al Ser subsistir
en ese instante que encierra
a la infinita Deidad
en su Trinidad excelsa;

fuera de cosas de acá,
llevada por la potencia
de su coeterna bondad,
y movida en su fuerza
para que pueda expresarle,
como el Eco de la Iglesia,
hundida en la realidad
de su coeterna clemencia.

15-1-1977

Y Dios, que tiene en sí, por sí y para sí, todo cuanto pudiera necesitar sido y poseído en infinitud de serlo y poseerlo, sin que nadie le pueda aumentar, quitar o disminuir la dicha esencial que en gozo eterno se es; quiere, en un deseo voluntarioso de su infinito poder, crear seres que le participen, para la manifestación magnífica del esplendor de su gloria.

Y como en un derroche en derramamiento de su amor, para crear criaturas que puedan vivir por participación de su mismo gozo en disfrute eterno y dicha gloriosísima de comunicación trinitaria; lo hace de una manera tan infinitamente trascendente que, en la misma y única Mirada que Dios se es y que, siéndosela, es la razón de ser del mismo Dios, se mira, en voluntad creadora, en aquello que a Él le hace ser Dios;

tan íntima, amorosa y profundamente, y de modo tan sorprendente, que crea al hombre a

imagen y semejanza de lo que Él mismo se es y por lo que se lo es, para que pueda llegar a poseerle en participación disfrutativa; haciendo a la criatura capaz de ser Dios por participación, hijo suyo, heredero de su gloria, y por lo tanto, participe de la misma vida divina.

Por lo que Dios, al crear la criatura racional capaz de vivir de su misma vida por participación, para poder plasmar en ella de alguna manera, aunque infinitamente distante y distinta, su misma razón de ser; se mira en lo que Él es y por lo que se lo es. Y así la criatura es imagen en reverberación de lo que Dios es y de por qué se lo es.

Y como, a Dios, el serse lo que es, es lo que le hace ser Dios, al plasmar en nosotros esa imagen de lo que es y por lo que se lo es, es por lo que nos hace capaces de ser “dioses e hijos del Altísimo” y herederos de su misma gloria.

Y a la criatura racional, creada con esta capacidad, siendo imagen de la misma realidad divina en su porqué, Dios le infunde la gracia santificante, que la hace conforme y adaptable a esa misma realidad. Y, creados con capacidad para poder poseer a Dios y ser dioses por participación, por medio de la gracia santificante podemos llegar a realizar el fin para el cual Dios nos creó a su imagen y semejanza.

Un solo Mirar Dios tiene
en subsistente Mirar,
que de tanto serse sido,
rompiendo en fecundidad,
es la razón subsistente
de su serse la Deidad.

Un solo Mirar Dios tiene.
Y ese sólo Mirar
que le hace serse Vida
irrumpiendo en Trinidad;
por su potencia infinita
irrumpiendo en voluntad
coeterna, amorosa
e infinita de crear,
le hace mirar hacia fuera,
y así poderse plasmar
en seres que le posean
para sus glorias cantar.

¡Oh lo que es el hombre en el pensamiento divino, predestinado desde toda la Eternidad a la sublimidad excelsa de ser hijo de Dios; por el derramamiento del que es bueno, ¡infinitamente bueno y Santo!, y “necesita”, sin necesitar nada para sí, hacer felices a otros seres con la misma felicidad que Él se tiene en el gozo divino y sacrosanto de su misma vida.

¡Qué feliz es Dios y qué bueno! que, en un derramamiento desbordante de su voluntad, crea seres para que le posean. Ante lo cual,

Dios mismo, sin poderse gozar más que en sí, por sí y para sí, saca de su gozo esencial un gozo accidental que le hace gozarse amorosamente en infinita complacencia, y nos crea a su imagen y semejanza de un modo tan sublime, que la criatura es elevada a la dignidad excelsa de ser hijo de Dios y heredero de su gloria.

¡Qué feliz es Dios y qué bueno por tener en sí su felicidad y bondad infinitas! Y ¡qué feliz es Dios y qué bueno por haber querido manifestarse como es, y ser yo la parte integrante y receptora de esa manifestación!

¡Qué alegría que Dios, no solamente sea bueno en sí, por sí y para sí, sino que haya querido, en un acto de su voluntad amorosa, lleno de misericordia, manifestarlo hacia fuera!

Por lo que cuando Dios nos creó, puso en nosotros capacidades inmensas, inagotables, con exigencias de llenuras casi infinitas; ya que nos creó para Él, para su posesión, para su dicha y para su gozo.

Nos hizo cuerpo y alma, y nos dio capacidades con las cuales pudiéramos llenar la exigencia de poseer que Él puso en nuestro ser.

Es tan maravillosa, tan rica, tan por encima de nuestro pequeño entender la creación del hombre, que tampoco, sin una luz sobrenatural, podríamos comprender su grandeza.

Con las capacidades del alma, el hombre tiene posibilidad de poseer a Dios, de adentrarse en su misterio, de vivir de su misma vida, de saborearle en su mismo gozo, de penetrarle con su infinita Sabiduría, de expresarle con su inexhaustiva Palabra y de amarle en las llamas candentes e infinitas del Espíritu Santo.

El hombre, por su vida de gracia, es capaz de vivir la misma vida que Dios vive, en comunicación íntima con la Familia Divina, dentro del seno infinito de la Trinidad: ¡“Entra en el gozo de tu Señor”, en la repletura de ese Hogar eterno, para vivir por participación en intimidad de familia con el mismo Dios!

Por lo que yo puedo ser feliz con el mismo gozo de Dios, que me creó, no para que le viera como a un espectáculo esplendoroso y aplastante, sino para que entrara en su festín infinito y coeterno a vivir por participación la misma vida que Él vive en y por su naturaleza divina; para que le contemplara en su Sabiduría, llena de gozo y felicidad, llena de penetración y de hondura; y de tanto contemplarle en la intimidad jubilosa de su ser, mirándole en la luz de sus ojos e introduciéndome en las divinas pupilas de su mirar eterno, supiera –de saborear–, en un saboreo que es vida, la perfección infinita de la llenura, plenitud, hermosura y riqueza eterna que Él mismo se es en sí, por sí y para sí.

Al crearme Dios, por una complacencia de su amor y un derramamiento de su bondad, a imagen de su misma perfección y para que le poseyera; me hizo capaz de entrar en la Contemplación sabrosa de su vida, y quedando subyugada y arrebatada por la hermosura de su rostro, fuera transformada en Él.

Y, rompiendo en expresión con el Verbo y vuelta hacia Dios, expresara, en mi medida, con la misma Palabra del Padre, su riquísima, eterna e infinita perfección; sintiéndome Palabra, expresión, manifestación jubilosa que necesita cantar, en un romance de amor, al mismo Amor Infinito.

Y, ante el saboreo de lo que contemplara y expresara, me abrasara en el amor del Espíritu Santo.

Viviendo así con Dios mediante mi vida de gracia la misma vida que Él vive en la intimidad de su Hogar; aquí en fe, y en el día dichosísimo de la Eternidad, en la Luz gloriosa de los bienaventurados.

¡Qué bueno es Dios, y qué Santo! que, cuando me creó como manifestación de su bondad amorosa, en un derramamiento de su donación hacia fuera; me hizo capaz no sólo de conocerle, no sólo de verle, no sólo de contemplarle, sino que me dio posibilidad de mirarle con su misma Vista, de cantarle con su misma Boca, con su misma Palabra, con su

misma Expresión, y de amarle con el mismo Amor con que Él se ama: el Espíritu Santo, Persona amor del Padre y del Hijo en Beso infinito de fruición en caridad eterna; de tal forma que pudiera vivir su vida, que es conocerse, expresarse y amarse, en la comunicación familiar y dichosísima de su vida trinitaria!

¿Qué pudo hacer el Creador, por el hombre, que no hiciera? ¿Cómo podrá caber en la mente humana que este hombre sea capaz de entrar dentro de Dios, de ser Dios por participación, hijo del Infinito y repleto con la repletura del gozo eterno?

¡Qué alegría, qué júbilo para el hombre, que, en el mismo momento de ser creado, se encuentra vuelto hacia su Creador, con unas cavernas inmensas en necesidad de llenura del Eterno! Ya que el hombre, criatura a distancia infinita del Ser trascendente, es creado, no para contemplarle de lejos, no para entrar en su casa como invitado de honor, sino para vivir en la profundidad profunda y recóndita del seno de la Trinidad, para engolfarse y saturarse en sus infinitas perfecciones, para embriagarse en las corrientes de aquel divino Manantial de aguas vivas que saltan hasta la vida eterna.

¡Gracias, Señor...! ¡Gracias, Señor...! ¡Gracias, Señor...!, porque nos has dado por gracia, por participación, lo que Tú eres y tienes por natu-

raleza! ¿De dónde a nosotros ser creados para vivir la misma vida que Dios vive, gozarnos en su mismo gozo, saborearnos en su mismo saboro, cantarle en su misma Canción y amarle en su mismo Fuego? ¿Cómo agradeceremos a Dios lo que ha hecho con nosotros? ¿Qué haremos con su infinito regalo? ¿Cómo corresponderle?

Pues, no sólo nos ha metido en su vida dándonos a participar de su actividad eterna, sino que, además, nos creó para que participáramos de las infinitas perfecciones de su ser. Por lo que puso en nosotros capacidades y exigencias casi infinitas de belleza, de riqueza, de hermosura, de posesión, de felicidad y de amor, que Él nos saciaría con la participación de su riqueza y, así, fuéramos hermosos con su hermosura, felices con su felicidad y repletos con la llenura participativa de su misma Divinidad.

Y también Dios dio al hombre capacidades de poseer toda la creación, de tal forma que le hizo más perfecto que toda ella; rey, dominador, contensor y recopilador de toda ella; abarcando, teniendo y conteniendo plasmada en sí de alguna manera la exuberante, pletórica y variadísima riqueza de la creación entera, que sólo puede ser descubierta, conocida y penetrada saboreablemente a través de los dones del Espíritu Santo.

Siendo el hombre capaz de interpretar, descubrir, manifestar y dar sentido a esa realidad esplendorosa que, como manifestación de la perfección infinita, expresa la gloria de Dios.

¡Qué plenitud de matices! ¡Qué inmensidad de riquezas las del Universo! ¡Qué hondura la de su descubrimiento!

La creación entera es un grito que, reventando en perfecciones, expresa algo, en su manera finita de ser, de la infinitud exuberante de la perfección del ser de Dios.

¡Millones y millones de hojitas de los árboles...! ¡Millones de criaturas que, en su canto y en su modo, manifiestan las grandezas del Eterno: el rugido del mar..., la inmensidad de los bosques..., la grandeza del firmamento en su diversidad casi infinita de mundos..., el orden del Universo..., el rugido del viento..., el cántico del pájaro..., la sencillez de la flor..., el esplendor del trueno..., el silbido de la brisa..., el silencio de la noche..., la belleza de la luz...! ¡Todo va expresando, en su modo de ser, en su estilo, la terribilidad del Eterno en su majestad simplicísima de concierto de amor!

Y que la creación entera y todas las criaturitas por pequeñas e insignificantes que parezcan, tienen en sí la sabiduría del Padre que las hizo tan hermosas, siendo con el Verbo expresión de la riqueza divina, obrada mediante el amor del Espíritu Santo que se refleja en la di-

versidad incontable de todas y cada una de las criaturitas del Universo. Siendo toda la creación un grito de expresión y manifestación de las grandezas de Dios.

¡Cómo se refleja en toda ella la inmensidad del Creador! ¡Cómo se manifiestan sus riquísimas perfecciones!

En toda la creación, fue derramándose Dios en su esplendor infinito, en su poder, en su fuerza, en su belleza, en su riqueza, haciendo de toda ella una explicación cantora que le reflejara.

¡La creación entera está gritando: “Dios”, está expresando: “Infinitud”! Toda ella, a lo finito, está cantando al Infinito.

Todas las cosas cantando van la vida de mi Dios; todo en el Verbo expresando, en su infinita Expresión, el inagotable canto del serse de mi Señor...

¡Venga, que canten las flores, el aire con su rumor, el mar con sus ondas bravas...!; ¡que vaya todo explicando, en su serse explicación, en su romance de vida, su sola canción de Dios!

Todas las cosas creadas me van cantando a mi Dios. Todo, en su serse creado saliendo del Creador, en un reventón de vida, dice la gloria de Dios.

¡Vengan...! ¡Vengan todos los poetas, y hasta el mismo Salomón, a ver si hacen un poema como el que mi Dios creó...!

¡Callad, callad, pajarines...!; ¡callad todos vuestra voz...!; porque, oyendo su concierto, sólo expresión de mi Dios, quedándome trascendiendo, quiero el silencio de Dios...

¡Callad, callad, florecitas! ¡No interrumpáis esta unión que, entre mi alma y el Verbo, ha fundido el mismo Dios...!

¡Que yo me siento entrañada en el serse de mi Dios, cantando toda su vida en su misma Explicación...!

¡Que callen las armonías...! ¡Que no se oiga su voz...! ¡Que interrumpen el concierto que estoy oyendo en mi Dios...!

¡Todo mi Dios es Silencio...! ¡Silencio en Explicación, en un serse silencioso de tan silenciosa Voz, que, de tanto ser Silencio el ser eterno de Dios, rompe, por su serse eterno, en sublime Explicación...!

¡Explicación que, en silencio, dice el ser de mi Señor, en tan íntimo silencio, que es en silencio su Voz!

¡Oh, qué ser más silencioso es el serse de mi Dios...! ¡Yo ya encontré mi silencio en tu serte, mi Señor, en tu serte silencioso silenciosa Explicación que dice, en una Palabra, el serse eterno de Dios...!

¡Ay, qué reventón de vida es el serse de mi Dios...! ¡Es todo vida fecunda! ¡Es todo amor en Canción...! ¡Y por Él todas las cosas, por serse

Él la Expresión, fueron hechas a la imagen de su misma perfección!

¡Oh, qué creación suprema ha salido de esta Voz, como explicación finita del mismo serse de Dios...!

¡Hombre, creado para dar sentido a la creación, para ser la voz que responda por toda ella ante el Creador...! Toda la creación está en espera de que tú glorifiques a Dios por ella. Porque Dios, cuando formó las criaturas irracionales, las hizo para el hombre, para su disfrute, para su posesión, para su gozo; y por eso las creó sin voz, sin entendimiento, para que el hombre, siendo voz e intérprete de todas ellas, les diera su verdadero sentido frente a Dios y frente a los mismos hombres.

¡Alma del hombre, tan grande, tan trascendente, creada para el mismo Dios para poseer al mismo Infinito en el modo que Él se posee y en la manera que Él se vive; teniendo, participando y poseyendo por gracia lo que Él tiene por naturaleza...!

Dios te regaló sus dones de sabiduría, de ciencia, de fortaleza... Para que fueras capaz, con el don de sabiduría, de poseerle a Él; con el don de ciencia, de dominar, poseer y dar sentido a toda la creación...; y como fruto de la posesión de Dios y la posesión perfecta tam-

bién de las cosas, vivieras repleto en la paz, en el gozo, en la espera, en la llenura y en la alegría del encajamiento completo de los planes de Dios, frente a Él y a las criaturas.

De esta manera creó Dios al hombre al principio, con estas capacidades casi infinitas frente a Él, y con estas capacidades inmensas, de dominio del entendimiento, frente a la creación: siendo el Rey dominador de toda ella, que la penetraba intuyendo las profundidades de sus secretos, y la dominaba sometiéndola bajo el escabel de sus pies. Por lo que era capaz de descubrir en ella su verdadero sentido y el porqué de su riqueza, de todas y cada una de sus criaturas.

Por eso el hombre, al principio de los tiempos, en el Paraíso terrenal, supo dar a cada cosa su verdadero sentido con la luz del Espíritu Santo que, repletándole con sus dones y frutos, le hacía ser dichoso, sin nada desear, sin nada apetecer, en espera serena y amorosa del día del encuentro definitivo, en luz clara, con la Divina Sabiduría, en su abrazo de Eternidad.

Era tan feliz que, según vemos por el Génesis, Dios bajaba por las tardes a hablar con él. Con esto, el autor sagrado intenta describirnos la comunicación amistosa, íntima, en que el hombre vivía con relación a Dios. Y nos lo describe, además, cómo estaba entre animales fero-

ces, sin tenerse que defender de ellos, sino siendo su dominador. Y comprobamos cómo el Creador, al verse reflejado en sus criaturas, se gozaba en ellas: “Vio Dios que todo era bueno”.

En el encajamiento de la voluntad divina, el hombre era feliz con Dios y Dios se gozaba con el hombre. Éste tenía todo cuanto necesitaba, en llenura. Nada, nada pudo el ser creado por Dios apetecer que el Infinito no le diera por gracia, y no fuera a concederle un día no lejano en luz de Eternidad. ¡Y todo era dicha, todo era luz, todo era paz...!

Hasta que un día la mente del hombre se ofuscó, como Luzbel, ante la misma grandeza que Dios había obrado en él.

Dios hizo ver al hombre lo que Él era en sí, por sí y para sí, como Principio de todo ser, como Increado frente a la criatura, manifestándole: Esto soy Yo, esto he hecho contigo. Reconoce que Yo soy de por mí y que tú eres lo que eres de por mí. Todo cuanto yo tengo, de por mí, en mí y para mí lo soy; todo cuanto tú eres y tienes, de mí lo recibiste como manifestación de mi amor infinito hacia ti. ¡Reconócelo!

Y el hombre miró a Dios, y le vio tan esplendoroso, tan rico, ¡que cayendo subyugado, lleno de reverente respeto, en retornación de agradecimiento y amor, le adoró!

Pero se miró a sí y se vio reflejo vivo de Dios, manifestación de sus infinitas perfecciones; se vio Dios por participación, rey de la creación, dominador, poseedor de ella, feliz...

Y, ¡oh locura de la mente de la criatura frente al Creador!, se creyó suficiente, como Dios, y, en un delirio de inimaginable insensatez y locura, volviéndose a su Creador le respondió: ¡no me someteré a tu plan!

¡Terrible momento...!, ¡escalofriante...!, ¡tan incomprensible como absurdo...! Con este “no” monstruoso, el hombre había roto los planes de Dios sobre él, como los rompió Luzbel.

Vuelve nuevamente a mirar a Dios y, ¡oh sorpresa!, ¡le ha perdido...! Y, al perderle, se ha quedado sin sentido, sin razón de ser. Le busca y no le encuentra, porque, ante su “no” escalofriante de soberbia llena de suficiencia, Dios le dejó solo y, al marcharse, se fue con todos sus dones. Quedando el hombre oscurecido por haberse rebelado contra Dios por su soberbia; la cual oscurece su mente dejándolo en tinieblas de desconcertante amargura, en noches de muerte y terrible y tenebrosa desolación. Y al mirarse el hombre se encuentra sin la sabiduría que iluminaba y llenaba su ser dando sentido a toda su vida, sin ciencia, sin dones, sin frutos, sin gozo, sin posesión del Infinito, ¡sin razón de ser...! ¡Ya nunca podría poseer a Dios! ¡Ya no podía contemplar con el

Padre su infinita perfección...! ¡Ya nunca expresaría con el Verbo la canción infinita del Amor eterno...! ¡Ya no sabría de posesión de Espíritu Santo...! Ha perdido a Dios y le ha perdido para siempre..., ¡para siempre...! ¡Y con Él, lo ha perdido todo!

Este hombre, en la angustia terrible de la pérdida del Bien amado, se vuelve a la creación para pedirle ayuda, y experimenta el “no” de toda ella que le dice: “no te serviré”, y que se le rebela; experimentando que ha perdido su dominio y que, en señal de protesta, ya no se le somete.

¡Pobrecito hombre...! ¿Qué hará ahora? Porque toda esta creación exuberante, llena de plenitud, de vida, de juventud, se ha quedado en silencio y sin sentido, al romper el hombre el plan de Dios de que fuera su voz en explicación de respuesta al Creador; pues no tiene quien exprese la perfección de su riqueza, ya que, desde este momento, la mente del hombre, ofuscada, da a su propia vida y a todas las criaturas un sentido distinto del que tienen.

Ya el hombre ¡es conocedor por experiencia, no sólo de la ciencia del bien, sino de la ciencia del mal!

¡Terrible situación la del hombre!, ¡escalofriante...!, que experimenta que sus propias capacidades, creadas para llenarse con la pose-

sión de Dios y de toda la creación, le exigen, le claman, en torturas insaciables, su llenura; y, desorientadas y torcidas, buscan el amor donde y como no está; buscan la felicidad, la posesión, la alegría, el gozo, la justicia, la paz que sólo Dios puede dar; pero, al haberse torcido, las llenan contra la voluntad divina; con lo que, en vez de darle paz, posesión y felicidad, le dan amargura, desasosiego y pérdida.

Esto mismo le sucede frente a la creación, que la posee del modo torcido y distinto de como Dios quiere. Y de ahí proceden las injusticias, los pecados, los odios, la desgracia en que nos encontramos frente al mismo Dios, frente a los demás y frente a la creación, por llenar o intentar llenar las exigencias de nuestro ser con aquello que Dios no quiere y del modo que a Él no le agrada.

Y así el hombre lo perdió todo y para siempre, quedándose “en tinieblas y en sombras de muerte”, buscando, en una sed insaciable e implacable, nuevamente y con nuevas torturas, la llenura de las capacidades que sólo en el encarnamiento de los planes divinos tenían su verdadero sentido.

¡Qué terrible es decir a Dios que “no”! ¡Qué irrazonable no reconocer la realidad perfecta de Dios en sí y de Dios con nosotros! ¡Qué mons-

truoso es rebelarse contra el Amor Infinito, que, en manifestación de donación amorosa y eterna, nos creó para poseerle a Él, llenando todas nuestras capacidades casi en infinito, y para poseer todas las cosas en la verdadera posesión, felicidad y disfrute de todas ellas!

Por decirle a Dios que “no”, el hombre le ha perdido para siempre, ¡para siempre...!; ¡se ha quedado sin sentido!; ha dejado a la creación en silencio y en torturas de muerte, gimiendo toda ella por el Libertador que la restaure dándole nuevamente su verdadero y único sentido.

Y, como el Cielo se ha cerrado para él, si la muerte le llega en esta terrible y escalofriante situación, se perpetuará cayendo en aquel lugar donde los que le dijeron a Dios que “no”, como Luzbel, se mantienen en ese “no” de rebelión perpetua con todas sus consecuencias; y, por lo tanto, en separación de Dios para siempre, en el Abismo de la oscuridad perpetua, en alaridos de desesperación y torturas eternas, ¡para siempre!

¡¡Qué terrible es decir a Dios que “no”!!
¡¡Qué escalofriante es decir a Dios que “no”!!

¡Qué bueno es Dios, que hizo en mí y de mí tales maravillas...! ¡Qué terrible es la mente de la criatura, que dijo a Dios que “no” y, con ello, lo perdió todo, y para siempre...!

Pero Dios, lleno de infinito amor misericordioso, nuevamente se volvió hacia el hombre que, desterrado, vagaba sin rumbo ni sentido por este peregrinar. Y, movido a compasión, pasando junto a él, le miró; e inclinándose hacia él, le habló de nuevo, llenando su alma de esperanza mediante la promesa de una Nueva y eterna Alianza; hecha al Pueblo elegido, del cual nacería el Mesías, el Libertador y el Restaurador de la humanidad.

En el Verbo y por el Verbo fueron hechas todas las cosas. Y por el Verbo hecho hombre, que mediante el misterio de la Encarnación, y por la unión hipostática de la naturaleza divina y la naturaleza humana en su Persona divina, unió a Dios con el hombre en un abrazo compasivo, lleno de misericordia y amor; después de la rotura del plan de Dios, todas las cosas, no sólo ya fueron creadas, sino restauradas, por el misterio de la vida, muerte y resurrección de Cristo.

El cual, por el precio de su sangre derramada en la cruz para la gloria del Padre, en reparación infinita del Dios ofendido, redimió al hombre; y, en la plenitud y por la plenitud de su sacerdocio, trajo la salvación para todo aquel que se quiera acoger a los méritos infinitos de su redención.

Y aquella voz que se había apagado ante el “no” de la criatura a su Creador, vuelve a resonar vigorosa, infinitamente más clara y sonora,

por el Unigénito del Padre hecho hombre, en Expresión cantora del mismo Dios y de todo cuanto por Él y en Él ha sido creado.

Y toda la creación, como en un reventón de alegría, se regocija tan esplendorosamente en el Verbo Encarnado, que el hombre, que cantaba la Infinitud a lo finito, da ahora, por Cristo, en Él y con Él, un grito infinito que, llegando al pecho del Altísimo, en su vibrar divino da su nota de Eternidad, pulsada en el mismo Seno del Padre, por el aleteo amoroso del Espíritu Santo...

Voz de vida divina del Hombre-Dios que, en el mismo seno del Padre y desde el seno del Padre, es lanzada amorosamente a través de la humanidad de Cristo, en vibraciones infinitas, hasta los últimos confines de la tierra.

¡Oh Esposo mío, Verbo divino, Canción eterna, que cantas el eterno serse del Dios altísimo...! Por ser Tú Palabra, la Palabra infinita de la Trinidad en la Unidad y de su serse eterno, tenía que ser en ti, no solamente por lo que el hombre fuera creado a imagen y semejanza del mismo Dios para que le poseyera, sino también restaurado.

Porque, hecho en ti y por ti expresión finita de tu serse eterno, al cesar su canción por el pecado, tenías que ser Tú, Palabra infinita, la que, encarnándote, restaurases al hombre caído y dejaras oír en éste, nuevamente, tu Palabra cantora de amor eterno...

¡Si en ti habían sido creados, en ti tenían que ser restaurados!, ya que el pecado había hecho acallar en ellos la voz que sólo Tú, Palabra eterna, podías volver a dar mediante la Encarnación. Y ya por ti, en ti y contigo, Jesús, Unigénito del Padre, con tu misma Voz, el hombre, no solamente canta finitamente la vida de su Padre Dios, sino que, por tu Encarnación, el rayo de tu luz ha iluminado su mente, haciéndole dar contigo el sonido de amor eterno que sólo Dios puede cantarse.

Y ahora el hombre ya tiene en el Cielo un Hombre, el Primogénito entre todos los hermanos de su misma naturaleza, que, siendo Hombre, es Dios; y ya Dios tiene en la tierra a su mismo Hijo que, sin dejar de ser Dios, es Hombre... Y ya el Hombre está cantando al Infinito siendo Dios, y Dios está cantando en la tierra infinitamente al Infinito Ser, siendo Hombre...

¡Gracias, Señor! ¡Gracias, Señor...! Mi espíritu, reverente, anonadado y sobrepasado de agradecimiento, quiere ser un himno de alabanza de tu gloria, que manifieste de alguna manera, desde la miseria de mi ruindad, la excelsitud excelsa de tu infinita y coeterna Santidad, que nos pide, en frase de Jesús: “sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto”, y “sed santos, porque Yo, soy Santo”, ante la exigencia de la sublimidad del fin para el cual hemos sido creados.

8-12-1974

REQUIEBROS EN SILENCIO

Quando entiendo los misterios del Dios vivo,
yo le adoro y, en su serse, le venero,
en respuesta que es un canto de alabanza,
entonando mis cantares como puedo.

Con promesas de encendidas peticiones,
Dios es dulce en la hondura de mi pecho,
en requiebros de conquistas silenciadas
que me dejan, con mis noches, trascendiendo.

Yo le llamo con clamores de amor puro,
y Él responde con la brisa de su vuelo,
y se acerca con inmenso poderío,
remontando mis vivencias a su seno.

Y allí vivo en el silencio lo que Él vive,
en el toque delicado de su beso.
¡Qué palabras de requiebros nos decimos,
sin decirnos más que amor en modo quedo!

El silencio es el misterio de mi vida
con claustrales melodías de secreto.
¡Qué sonoras son las voces del Dios vivo!;
en mi hondura pronunciadas yo las siento.

¡Qué celoso es el Jayán de mis amores
que, en conquistas, me reclama por entero!
Si le busco, Él se lanza a mi llamada,
y me besa con improntas de misterio.

Está dentro mi Amador, le siento cerca,
pues le tengo descansando y satisfecho.
¿Qué me importan los penares de la vida,
si respira mi Señor dentro, en mi pecho?

DIOS OBRA COMO VIVE Y COMO ES

(Del libro "Frutos de oración")

969. Yo fui creada para escuchar, puesta a la boca de la Fuente del engendrar divino, aquella rompiente de inexhaustiva Explicación que, en la fluidez de su misterio, rompe diciendo en infinitud de conciertos de ser, por el Verbo, toda la pletórica y exuberante perfección del Eterno Seyente en su seerse, envuelto y penetrado en el abrazo arrullador, cariñoso e infinito del Beso del Espíritu Santo. (14-9-74)

971. Dios mío, hay distancia infinita entre tu ser y mi ser, entre tu divinidad y mi pequeñez... Distancia de naturaleza, sí, pero en la unión estrechísima del amor del Espíritu Santo. (11-10-74)

972. Soy Iglesia y, por eso, todo cuanto Dios es en su seerse eterno yo lo disfruto, participando de su felicidad, bajo el impulso amoroso del Espíritu Santo. (14-9-74)

413. Dios quiere dársenos, y se da en su Trinidad, porque la obra de Dios hacia fuera

siempre es obrada de conjunto: el Padre se da por su Verbo en el Espíritu Santo. (9-1-65)

411. Las tres divinas Personas quieren dárse-nos en su voluntad única; entonces el Padre lo desea, el Hijo lo cumple y el Espíritu Santo lo termina; y así los Tres lo hacen, pero en su manera personal; por lo que, incluso en ese querer trinitario, cada cual obra a su modo: el Espíritu Santo, impulsando al Padre y al Verbo a hacerlo, e impulsándonos a nosotros a recibirlo y a escuchar lo que el Padre, por el Verbo, nos quiere decir; el Verbo, expresándolo todo a las divinas Personas y a nosotros; y el Padre, dándonos en Explicación y en Amor su vida, o sea, dándonosla en Sabiduría Amorosa. (9-1-65)

412. Las tres divinas Personas son sabiduría amorosa; pero como, al obrar hacia fuera lo hacen de conjunto, su plan se realiza por la sabiduría del Padre Expresada en Amor, o sea, de conjunto; y por eso, el Padre quiere una cosa, el Verbo la expresa y el Espíritu Santo la consume, sin ser en Dios una actuación antes que otra, aunque, al someterse al tiempo, se efectúa en el tiempo; y por eso el Padre nos da al Hijo, Éste se encarna por el Espíritu Santo, el cual después consume la obra. (9-1-65)

416. Dios vive su vida y, viniendo a nosotros, la sigue viviendo con nosotros y, abrazándo-

nos, nos hace vivir nuestra vida con Él y en Él. (9-1-65)

417. Dios obra como vive y como es, pues, por perfección de su gran realidad, Él vive lo que es, es lo que vive, y actúa como vive y es. Y como es tres divinas Personas en un solo ser, así actúa como Trinidad unicísima, y lo que vive dentro se manifiesta al actuar hacia fuera; y así, por la Iglesia, se nos muestra la multiforme sabiduría de Dios oculta en Él desde siempre. (9-1-65)

418. Todo Dios es Palabra de infinita explicación, por lo que su decir en nosotros es obrarse como es y en cuanto dice, haciéndonos ser captación de su decir eterno. (6-10-74)

419. Cuando el Padre y el Hijo se dan hacia fuera, es con el Espíritu Santo, y por eso, los dones y frutos del amor de Dios sobre nosotros son comunicados por el Espíritu Santo en sabiduría amorosa. (23-1-65)

420. Dios, obrando siempre en común hacia dentro y hacia fuera, lo hace como es: un solo Dios en tres Personas; Personas que dicen relación unas a otras. Igual pasa cuando las divinas Personas actúan en el alma, que lo hacen en común, pero con su personalidad propia. Los Tres nos aman, los Tres nos enseñan y se nos

dan en comunicación única, pero trinitaria de Sabiduría Expresada en Amor. (11-9-65)

970. Hambreo entrar en los insondables manantiales del Ser Eterno, donde el infinito Seyente se está siendo de por sí cuanto es y cuanto puede ser, en la potencia pletórica de su inexhaustiva perfección. Y «allí», ahondada en su profundidad, beber en las venas de la concavidad de aquella Fluyente Eterna, saturándome en la embriaguez de su sabrosísimo saboreo. (14-9-74)

16-3-1969

TU TOQUE EN MISTERIO

Tu toque en mi alma me dice
silencio,
y, cuando me callo, –¡misterio!–,
te siento.

Y, ante tu contacto divino,
me abismo, me pierdo,
y en tu hondura honda, allí en lo profundo,
te veo tras velos.

Y en mi pecho bulle
una llama de eterno secreto.
Y con tu substancia repleto mis ansias
en la luz de tu fuego
que me cauteriza
muy dentro,
donde, sin saber cómo es,
yo te tengo
en un saborear
de eterno misterio;
que es vida sin cosas de acá,
y sin tiempo,

en una armonía que es luz, que es amor
y es concierto.

¡Qué dulce tenerte sin cosas de aquí,
sintiendo tu toque en silencio!

HIJOS DE DIOS

(“Frutos de oración”)

961. El Amor Infinito nos ama con todo su inagotable ser, ya que en Dios no hay partes, y cuando se derrama sobre nosotros, es toda la Trinidad la que se nos da, para hacernos hijos de Dios y herederos de su gloria; pero la medida de nuestra divinización depende de la medida de nuestra entrega a su amor santificador. (26-6-61)

962. ¡Hasta dónde llegó Dios en el exceso de su amor que, queriendo ser mi Padre, me hizo su hijo...! (25-9-63)

963. Dios me hace su hijo, para que le ame y le tenga que llamar Padre. (25-9-63)

964. El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son mi Padre Dios en su Unidad y en su Trinidad. Todo Dios quiere comunicarse a mi alma; todo Dios es mío, para mí, porque yo soy Iglesia Católica, Apostólica y Romana; y, en la medida que lo sea, viviré mi filiación divina. (15-9-63)

965. Jesús vino para hacernos hijos de Dios, ¡y de qué modo...! Nos dio la mirada del Padre

para que le miráramos; su canción, como Verbo,
para que le cantásemos; y el amor del Espíritu
Santo para que le amásemos a Él y nos amáramos
entre nosotros. ¡Qué grande es ser Iglesia!
(25-1-75)

966. En la medida que vivas tu filiación divina,
serás Iglesia, miembro de Cristo, recibiendo
su misión para comunicarla a todos los hombres.
(15-10-63)

967. Mi Padre Dios se me da en sabiduría
y amor, para que yo le sepa amorosamente.
(26-9-63)

968. Dios es sabiduría y amor en su vida divina,
y al crearme a mí para ser su hijo, me llama
a vivir su misma vida de amor sapiental.
(26-9-63)

26-12-1974

DULZURAS INEFABLES

Dulzuras inefables, en pasos del Inmenso,
que quedamente hieren en lento penetrar...
Es Dios que, en poderío, se lanza al alma amante,
besando dulcemente en tierno requemar.

Dulzuras del Dios vivo que, en tenues teclares,
invitan al silencio, para poder obrar
con pasos de misterio en espíritu herido
que clama quedamente en nostálgico amar...

Dios es Amor y Amante, y no hay quien se le iguale
cuando pasa en cariño, queriéndose quedar.
Mi pecho es un romance de tiernas melodías,
que responde, en su modo, al divino Juglar.

Canciones del Seyente Él dice en mis adentros,
y, en su divino acento, me expresa su Deidad.
Mi alma ya es conquista del Luchador glorioso,
trofeo de su Sangre, que le hace reposar.

Jesús de mis afanes, escucha en mis adentros,
vibrantes de nostalgias, un solo palpitar:
tus glorias son mis glorias y, en orden de batalla,
dispuesta a defenderte, mi hueste en guardia está.

Dispón, como te agrade, de cuanto me entregaste;
mi vida es retornarse sin nada reclamar;
todo cuanto poseo es tuyo, Amor de mis amores,
y nada en ello busco: ¡sólo tu descansar!

Si algo yo tuviera que Tú no me hayas dado,
¡te lo retorno entero en donación total!
Misterio de secreto en horas silenciadas,
profundos pensamientos que pasan al azar...

Nada es tan dulce y tierno como sentir el beso
de Dios que está pasando con besares de paz.
¡Qué dulce es la caricia del roce de su pecho...!
¡Qué inédito misterio se vive ante el altar...!

Postrada ante el Sagrario, escuchando al Silencio
del Inmenso Secreto en eterno expresar,
adora, alma querida; no intentes con palabras
decir al Indecible en su modo de obrar.

¡Responde como puedas!,
que Dios pasa en besar...

ROTURA DEL PLAN DE DIOS; EN LAS PUERTAS DEL ABISMO

(“Frutos de oración”)

545. Dios, que se es de por sí, crea criaturas tan perfectas, que son capaces de poseerle por haberles dado un ser a imagen suya. Y la criatura, al verse tan perfecta y que es, dice cuando peca: “No quiero someter mi yo a nada”. Con ello pierde la razón de su yo dependiente del Yo divino y, quedándose sin razón de ser eternamente, no pudiendo ya vivir del Infinito, único capaz de hacerla feliz, se le convierte todo en tortura eterna. (15-9-66)

547. Dios es el Bien supremo, por lo que el hombre, creado con libertad de escoger, cuando no le ve en luz, busca su bien propio fuera del sumo Bien y, por esto, cae. (9-1-65)

549. El infierno es para los que voluntariamente no quieren estar con Dios, pero no para ti que anhelantemente le buscas. (21-4-67)

550. ¡Terror...! ¡Qué Abismo tan insondable el de la condenación...! El que cae por él, ¡nunca más podrá salir de la profundidad profunda de las grietas de su seno! (1-10-72)

551. ¡Se acabó el tiempo..., llegó el fin..., estás a las puertas del Abismo! Si cayeras en él, jamás podrías salir... ¡Mira cómo vives, porque el término está cerca! (1-10-72)

552. ¿Dudas de que existe el Abismo y por ello vives como si no existiera? ¿Qué harás cuando, por la inconsciencia de tu voluntario olvido, tal vez te veas en él? (1-10-72)

553. ¿Te conviene pensar que no existe el Abismo del volcán abierto donde caen los que se separan de Dios, para así poder vivir, como si no existiera, bajo la esclavitud de tus propias concupiscencias? ¿Qué harás cuando, al descubrir que te equivocaste, ya no estés a tiempo? (1-10-72)

556. ¡Qué reinado más pobre y más absurdo el del demonio! Tanto como el de aquellos que, en tinieblas como él y ciegos, le siguen. Es tan burda y ruidosa su actuación y la de los que le siguen, como fina, silenciosa, sagrada y profunda en las almas, es la de Dios. (27-3-76)

557. El plan de Dios es que no vayas al purgatorio; si vas, es voluntad permisiva suya, pero no su complacencia. (29-9-65)

30-1-1973

NADA DICE NADA... ¡EL HOMBRE ESTÁ CIEGO!

Todo, en el destierro, envuelve en sus sombras los grandes misterios.

Todo, tras sus noches, queda oscurecido y envuelto entre velos.

Todo, hasta las cosas que son más sublimes, aunque sea el Cielo.

Todo, porque el hombre, en el Universo, rompió, al rebelarse contra el Infinito, los planes eternos.

Y, al caer postrado, el hombre ha nublado, con su desconcierto, la luz que irrumpía de su pensamiento, la cual dominaba, con un gran imperio, el mundo creado según el Inmenso. Y así, las tinieblas la mente del hombre cubrieron; y éste ha confundido todo lo que es bueno,

dándole un sentido
profano y rastrero,
quedando en silencio
la voz del Eterno,
que se manifiesta en las criaturas
y en la creación con voces de fuego.

Y por eso el mundo
vaga en el misterio,
ya que, ciego, el hombre
cegó el pensamiento
que Dios le infundiera para que expresara,
en sabiduría, con su don inmenso,
cuanto es creado,
en modo certero;
y desde aquel día que envuelven las sombras
lo que es de este suelo,
todo lo infinito
quedó en el secreto.
¡Sólo así se explica que un Sagrario quede
sumido en silencio,
como aprisionando, con grandes cadenas,
a la luz radiante que envuelve al Excelso...!
Un Sagrario en sombras que no dice nada
al hombre profano que no ha descubierto
la llama candente, oculta entre sombras
tras la puertecita de ese cautiverio...
Ni la creación
con su voz de trueno,
con mares profundos,
con bosques inmensos,

en la variedad
de su gran concierto...

Nada dice nada,
todo está en silencio
para el que no ha entrado,
con su pensamiento,
con la luz eterna, en las variedades
del gran Universo.
Nada dice nada,
¡ni siquiera el Cielo...!
Nada dice nada, ni tal vez la muerte
con su desconcierto,
para el hombre ciego que se ha separado
del camino abierto.

¡Nada dice nada...!
por hondos que sean los grandes misterios
que envuelve la vida; ni un Sagrario en sombras
que oprime en su hondura la Gloria del Cielo...

¡Nada dice nada...!
¡El hombre está ciego!

11-7-1974

ME OPRIME EL CÍRCULO DE LA CREACIÓN

Estoy creada para la Eternidad, para la inmensidad inmensa del Ser, para la vida perfecta del Eterno Seyente, para la posesión sin tiempo, sin límites y sin fronteras de la inagotable Perfección.

Dios me hizo para Él, para sus modos y estilos, para sus maneras y formas; para entrar con su entendimiento en la luz pletórica de su luz, en la contención de sus inmensos soles, en la abarcación infinitamente abarcadora de su Familia Divina.

Fui creada para saber a qué sabe Dios en sabiduría de entendimiento sabroso, y en penetración intuitiva de su gozo simultáneo y eterno; para cantar con la Canción que, en infinitud de maneras de ser, el Verbo se es, y entrar en el concierto de sus infinitas perfecciones; para amar con el amor sustancialmente perfecto del Espíritu Santo.

No he sido destinada a arrastrarme por la tierra, sino a vivir en la elevación coeterna de mi Familia Divina. Y yo tengo ansias como

eternas de levantar mi vuelo y encajarme en el centro de mi razón de ser.

Por lo que la tierra, y aún más, la inmensidad aplastante del Universo, me resulta estrecha, ¡apretada!; haciéndome apereibir la sensación de que me oprime en su círculo, de que me encierra en la cárcel de su limitación...; ¡de que no me deja salir de la finitud de sus murañas! para volar a la libertad libre, a la posesión sin límites, donde no existen fronteras, donde nunca hubo un principio y no existirá el fin, y donde se respira con los pulmones del espíritu, abiertos en anchurosidades inmensas, en la posesión del Inmenso Ser en su serse de por sí el que Se Es, sin necesitar de nada ni de nadie, de tiempo ni de lugar...; ¡allí! donde Él se es todo cuanto puede ser y cuanto pudiera necesitar, en un acto simplicísimo de subsistencia infinita de vida trinitaria.

A veces, al sorprender las exigencias de mi espíritu y las apetencias de mi pobre ser, yo misma me quedo perpleja, con miedo de expresar mis sentimientos. Porque, ¿a quién podré decir que me resulta pequeño el Universo, que me oprime la limitación de sus fronteras y que me encierra el apretamiento de su contención? ¿Cómo manifestar que me siento oprimida y como encerrada ante la contemplación de la inmensidad del mar, ante la plenitud y exuberancia de los bosques, con necesidad de dar

un salto y salirme, liberándome de todo lo que es creado, y encontrar la libertad sólo en la mansión infinita del Infinito Ser?

¡Gracias, Señor, de que vivas en ti mismo sin mansión, sin límites y sin fronteras...!

¡Gracias de que Tú seas en ti la Eternidad y la Posesión, la Llenura y la Inmensidad; de que tengas en ti el poder de ser te lo que te eres, sin que en ti exista un principio, sin que te controle un fin, sin que te abarque nada que no seas Tú mismo en tu eterna y perfecta abaración...!

¡Gracias, Señor, por hacerme experimentar, en el círculo circunscrito de la creación, la necesidad eminente de mi cercana liberación...!

¡Gracias por hacerme semejante a ti, infundiéndome la innecesidad de cosas, que Tú tienes para ser te de por ti lo que te eres...!

¡Gracias, Señor, por esta experiencia como de claustrofobia que siento en la tierra por el encerramiento que experimento ante la opresión de todas las cosas, que aprisionan mi alma creada para la Eterna Perfección...!

Todo en la tierra se me queda pequeño; todo aumenta mis congojas, oprime mi liberación y corta el vuelo de mi ascendente carrera.

A veces siento miedo de expresar mis vivencias, porque la comprensión del hombre también está encerrada en el límite de su pequeñito entender. Y ¿cómo decirle las torturantes apetencias de mi corazón, ansiando y buscando la liberación de la cárcel en que me tiene encerrada la creación? ¿Cómo descifrar, a los que viven subyugados por la inmensidad pletórica del Universo, mis sentimientos frente a él?

¡Si los hombres supieran lo que son para mi mirada espiritual todas las criaturitas en su diversidad de especies, en su plenitud de belleza, reflejos todos de la Infinita Perfección...! ¡Si los que me acompañan en mi peregrinar por la tierra apercibieran el concierto que, en su exuberante explicación, yo intuyo en todas las criaturitas...!

Porque todas y cada una de las cositas creadas por Dios encierran en sí y manifiestan al alma que disfruta del don de ciencia, cómo son reflejo, no sólo del Ser en su diversidad de infinitud de matices, sino también de las divinas Personas en su modo y manera personal. Pues, cuando el hombre penetra hondamente la creación, descubre en ella la mano del Ser viviente, que, derramándose en sabiduría, la hizo expresión cantora de sus maravillosas perfecciones, siendo todas ellas manifestación de su concierto eterno. Y tanto la creación entera, en la inmensidad de su conjunto, como cada uno de

los átomos más pequeñitos, contienen en sí, en su modo, forma y estilo, la sabiduría del Padre, la expresión del Verbo y el amor del Espíritu Santo.

Dios tiene posibilidad de crear inmensos mundos en diversidad de maneras, modos y estilos. Porque Él es grande, no por lo que nosotros vemos que ha hecho, sino por la posibilidad que tiene, no sólo de ser, sino de hacer criaturas y cosas. Y cuando, en su mente divina, se volcó sobre las criaturas que, dentro de su posibilidad de crear, Él quiso que existieran, la sapientísima sabiduría del Padre se derramó sobre ellas, haciéndolas imagen de su Palabra cantora con el Verbo, y siendo realizadas por el amor coeterno del Espíritu Santo.

Por la voluntad del Padre, en la expresión del Verbo, y por el Amor personal de los dos, que es el Espíritu Santo, Dios realizó, en un derramamiento de su esplendor, la magnificencia magnífica y esplendorosa de la creación. Y por eso, a todas las criaturas “vestidas las dejó de su hermosura”, conteniendo en sí cada una de ellas la riqueza pletórica de la canción del Verbo; y apareciendo, ante la mirada espiritual del que posee a Dios, tan rica la realidad sencilla de la hojita de un árbol, como la inmensidad aplastante de toda la contención del Universo. Porque Dios está en esencia, presencia y

potencia dando su hálito de vida a cuanto es, y manteniendo en su existencia a cuanto existe.

Pero el alma del hombre, creada con capacidad de poseer al Infinito, ansía remontar su vuelo a la posesión del Eterno Seyente, que se es de por sí; estorbándole todo cuanto intente aprisionar su libertad o cortar su vuelo en ascensión delirante hacia la Eternidad.

Hoy mi alma se siente llena en necesidad de repleturas del Eterno Seyente. Clamo irresistiblemente por Él, y expreso como puedo los sentimientos, las necesidades, las apetencias de mi corazón, que, desbordadas, buscan la libertad del País de la Vida; esperando día tras día en mis ratos de Sagrario, junto a las puertas anchurosas de mi Eternidad en la tierra, la hora de mi total liberación.

Vivo tranquila y espero. Pero mi esperanza, a veces, se hace tan vehemente como la necesidad que Dios ha puesto en mí por poseerle, como la urgencia que mi espíritu, creado por Dios, tiene de vivir sólo del que Se Es, y con Él y por Él, en la posesión más o menos saboreable de cuanto Él quiera darme.

¡Qué hermosa es la creación inanimada, hecha por Dios para la manifestación de sus perfecciones...! Pero ¡qué inmensamente más grande y más trascendente es el alma del hombre, que tiene impresa en sí la necesidad subyugante de vivir del Increado; y que fue creada para

palpitar, en su vivencia real, al unísono con el corazón de Dios, entrando en la comunicación de su vida y viviendo, en la medida de su capacidad creada y finita, del mismo Infinito...!

¡Qué grande es cuanto tengo, qué inmenso cuanto espero, y qué necesidad más apremiante la de mi pobrecito ser de conseguir cuanto ansío...! Porque he sido creada sólo para Dios, y sólo con Él y por Él, encontraré el gozo ple-tórico y acabado de la perfección que añoro.

Por eso, Señor, el día que te encuentre en la luz luminosa de tus eternas pupilas, lo tendré todo en ti, para siempre, ¡para siempre...!, en la posesión perfecta de tu ser y en la llenura completa de cuanto apetezco.

Gracias, Señor, por haberme hecho semejante a ti, para vivir por participación en la saciedad perfecta de tu infinita capacidad.

18-7-1974

ANSIAS DE UN NUEVO ENCUENTRO

Son ansias como infinitas
las que en mis honduras tengo
por hallar a mi Amador,
por morar con el Eterno;

Ansias de noches calladas,
ansias de largos silencios
y de días prolongados
en vivencias de misterio,

de secretos trascendentes
con sabores de cauterios,
sabiendo a qué sabe Dios
en la hondura de mi pecho.

Intimidad del Dios vivo
en delectos de Cielo,
en conversación callada
con expresiones de Verbo...

Vivencias de mis volcanes...
apetencias de mi ensueño...
¡Nostalgias de poseer
y de abrazar al Inmenso...!

Oigo ansiosa y jadeante
rumores de un nuevo encuentro.
Y, cuando apercibo el toque
del Infinito en mi centro,
remonto el vuelo afanosa
para abrazar al que espero.

¡Misterio de mis llenuras
que vivo en recrujimientos,
en esperas prolongadas
de divinales encuentros!

Dios viene y vuelve a marcharse
sin dejarme, aunque le pierdo
en la posesión secreta
que oculto en mi encerramiento.

¡Gloria de mis esperanzas!,
¡Conquistador de mis celos!,
¡sólo apetezco tenerte!,
¡sólo entreverte deseo
en las lumbres infinitas
de tu eterno pensamiento!

Penetración poseída
del Seyente en deletreo...
Conversación del Dios vivo
en beso de amor perfecto...
¡Lumbrera de mis afanes...!
¡Resplandores del Excelso...!

¡Comunicación de vida
por el Seyente en mi encierro...!
¡Yo necesito, en mis ansias,
con impetuosos anhelos,
adentrarme en tus honduras,
fuera de cuanto aquí tengo!

¡Quiero mirarte en tus lumbres
y cantarte en tu Concierto,
siendo palabra en tu Canto,
que, en amores de recreo,

besa con mi Esposo amante,
en las llamas de su Fuego,
la Entraña, siempre engendrando
en divino ocultamiento!

El engendrar del Dios vivo
es de tanto acatamiento,
que está envuelto en los cendales
de su virginal portento.

¿Quién osará introducirse
en aquel sagrado templo,
sin que le invite la gloria
subyugante del Coeterno?

¿Quién podrá, sin ser llevada,
introducirse en el seno
del Amor que la sostiene,
y gozar en paladeo

de la fiesta que, en Familia,
Dios vive en arcano eterno?

Apetencias van y vienen
dentro del alma en destierro;
nostalgias por poseer
al Poderoso en misterio.

¡Clamores de mis pobreza...!
¡Suspiros de mis ensueños...!
¡Muéstrateme nuevamente,
aunque te marches de nuevo!

¿No ves que, si Tú no vienes
a visitarme en el suelo,
mi vivir entre los hombres
es de tan fuerte tormento,
que o vienes a recogerme,
o mi ser vuela a tu encuentro?

Por eso, ven, ¡no te tardes!,
¡calma mi indecible anhelo!,
si tu deseo es que viva
contemplándote tras velos.

Señor, ¿por qué te escondiste?
¿Cuándo te muestras de nuevo?

28-1-1974

EL ALMA Y EL CUERPO

¿Por qué me enajenas a cuanto me envuelve,
dejándome sola colgada de ti?
¿Por qué sólo alma me siento en mi vida,
perdida a las cosas que son y que fueron,
extraña y ausente de ellas sin mí?

¿Por qué nada es nada de cuanto me cerca,
y todas las cosas no son
sino un eco lejano quedado en olvido
y sin don?

Extrañez que aterra siento en mi contorno,
sola y desprendida de la creación,
ajena a sus cosas y desencajada,
sin nada que frene mi marcha hacia el Sol.

Dulce y quedamente mi espíritu vuela
urgente hacia Dios,
quedando mi mente perdida y nublada,
y como dormida, en separación.

La vida, la muerte, el día y la noche,
la sombra y la luz, la tierra, el Seol...
El alma y el cuerpo, senderos distintos y extraños

siguen al pasar el Señor;
misterio en secreto, cuando el Infinito
se mece en la hondura de mi corazón...

La vida no es vida ni es muerte tampoco;
del cuerpo y el alma es separación,
sin la gran rotura que envuelve la muerte
cuando deja oírse su voz;
poder del Dios vivo, como imán candente,
que atrae al espíritu cual fuerza en conquista
con paso veloz...

El cuerpo se siente llevado y traído
sin vida y calor,
dejado y perdido en profundidades
de enajenación.

Sueño sin dormirse, nostalgias sagradas
en presentimientos de algo que robó
las capacidades de sus energías,
quedando cual barco sin tripulación,
y zarandeado por el oleaje,
sólo y sin timón.

El alma es su fuerza, y corrió atraída
por las embestidas del paso de Dios;
y, tras Él, volando, perdió su camino,
siguiendo sin rumbo hacia el Sol.

¡Ya nada le importa!,
está sumergida y corre veloz,

toda subyugada por los resplandores
del que la robó.

¡Misterio sagrado del poder de Dios!
Todo se ha quedado oculto en las sombras
que detrás dejó;
nada, ni el recuerdo
de cuanto pasó,
corta su carrera veloz de fragata,
porque nada es nada de cuanto olvidó.

No hay lucha en su centro,
todo está tranquilo en su alrededor:
El alma, la tierra, el cuerpo,
el Cielo..., el Señor...
Gran separación se obra en mi centro,
cuando rumoreo el paso potente del Inmenso en don.

Extrañez cadente, sueño de sentidos,
enajenación,
pérdida de cosas...;
todo está en silencio y en adoración,
porque el Infinito, pasando muy quedo,
muy lento, muy suave, al alma robó.

¡Qué dulce es sentirme llevada y traída,
cogida y mecida en brazos de Dios...!

2-6-1962

AMARTE A TI POR TI

¡Amor...!, ¡que yo te necesito a ti sin mí...!; ¡a ti en ti y por ti...!; ¡porque yo estoy creada tan solo para gozarme eternamente en que Tú seas feliz, en que Tú seas dichoso, ¡en que Tú seas...! ¡Sí, Amor, en que Tú te seas!

¡Yo necesito gozarme en la Eternidad tan sólo en que Tú eres la Alegría eterna en comunicación infinita de luz gloriosa y de amor contento...!; ¡abismarme en el abismo de tu infinita felicidad...!

Yo necesito, porque te amo, tan sólo gozarme en que Tú eres la Felicidad increada en comunicación dichosa de vida trinitaria. Mi amor reclama estar siempre contemplándote en tu contento jubiloso de felicidad eterna...

Yo necesito gozarme tan sólo, tan sólo, en que Tú seas Dios, en que Tú seas feliz, en que Tú te seas tan glorioso que Tú mismo te eres tu gloria; y de tanto sértelo, no sólo sacias la exigencia infinita de Tú sértela eternamente, sino que, por infinitud de perfección de tu ser contento, excederás infinitamente de felicidad a todas las criaturas creadas con capacidad casi infinita para poseerte.

Eres tan dichoso... tanto... tanto... ¡tanto!, que harás consistir nuestro gozo esencialísimo en gozarnos en que Tú seas tan feliz; ya que rebasas, ante la contemplación de tu eterno júbilo, las capacidades de todas las criaturas racionales de tal forma, que tendrán su gozo esencial en verte a ti tan contento; porque allí estarán en el centro del amor puro y en el encajamiento completo de ese mismo amor.

Sí, eres tan feliz, tan infinito, tan glorioso y tan Ser... ¡tan Ser...!, que, en el Cielo, esa perfección tuya exige en los bienaventurados que estén siempre en el máximo grado de amor puro según su capacidad. Eres tan perfecto y tan glorioso, que, al contemplarte a ti, nuestra capacidad quedará tan robada, excedida y rebasada, que no podrá desear nada, esencialísimamente, fuera de gloriarse en que Tú te seas tan feliz y tan contento por serte el que te eres; teniendo todas las almas su primer y esencialísimo contento en gozarse, olvidadas de sí, de verte a ti tan dichoso.

Tu alegría eterna de perfección infinita las subyugará tan trascendentemente, que lo que no sea contemplarte a ti por ti, gozándose en que Tú seas Dios, serán segundos gozos accidentales que ellas poseerán como consecuencia de esto. El gozo de los gozos, que hará estar al alma en la Eternidad en el centro de su amor y en un acto de amor purísimo, será go-

zarse en que Dios sea Dios, en que Dios sea lo que es por sí y en sí mismo.

Como el alma está creada para glorificar a Dios según su grado de amor, y en el Cielo todas lo tendrán en el máximo grado de su capacidad, la gloria esencialísima de cada una, según su grado de amor, será gozarse en que Dios se sea tan glorioso.

Por eso, Amor, ¡que te espero...! ¡Que clamo por amarte eternamente en mi centro de amor...; en ese punto de pureza de amor que Tú infundes en mi alma...! ¡Que necesito que mi amor sea lo más puro posible, según mi capacidad, y amarte donde más te ame, donde mi pureza de amor sea más perfecta...!

Sé que eso será en la región de los perfectos, donde se vive en perfección absoluta de amor. Por eso yo reclamo con urgencia amarte en la Eternidad; y lo necesito ¡ya!, porque cada segundo que pasa no te he amado, estando aquí, en esa perfección que mi alma hambrea.

Estoy sedienta y te busco desgarradamente sin hartura, porque ansío gozarme tan sólo en que Tú seas Dios, en que seas feliz, en que no sufres, en que Tú eres la dicha increada de perfección felicísima... en que Tú te eres... ¡en que Tú te eres...! ¡en que Tú te eres el que eres y yo la que no soy...!

Necesito gozarme en que Tú te seas, y sólo en eso, sin ocuparme de más; y en ello está el centro y la perfección de mi amor. Y yo sé que esta exigencia de amor puro que has puesto en mi alma, sólo la podré llenar en el lugar del amor puro y perfecto: la Eternidad.

Amor, yo no clamo por la Eternidad para ser feliz; pues aunque toda mi alma está creada para serlo, hay algo que sobrepasa casi infinitamente esta urgencia, y es la de gozarme tan sólo en que Tú seas feliz, en que Tú te seas, en que Tú te goces, en que Tú te ames, en que Tú seas la Vida gloriosa en Trinidad de Personas.

¡Qué alegría tan grande que Tú te seas tan dichoso...!, ¡que Tú te seas tan feliz!, ¡que Tú te seas por ti mismo, sin mí...! ¡Qué gozo, que, cuando yo te ofendí, mi Increado, no te diera pena, no te quitara contento, no te quitara tu gloria esencial...!

¡Amor...!, ¡qué júbilo tan gozoso que Tú te seas tan Ser, que lo que no eres Tú, ni te va ni te viene...!; que Tú te seas tan inmutable en tu gozo infinito, que nada te turbe, que nada te toque...; que yo con toda mi imperfección, ante ti, como si no fuera...

¡Amor...! ¡qué contento el de mi alma en que seas así...! ¡Qué contento el de poder gozar eternamente la dicha de verte tan feliz...! ¡Qué alegría tan grande que tu gloria sea la misma esencialmente con el amor de tus criaturas que sin

él! ¡Qué gozo tan completo que, ante tu incapacidad de sufrir, para poder hacerlo, tuvieras que encarnarte!; y aun así, sufriste en tu humanidad, pero tu divinidad se quedó impasible.

¡Oh...! ¡Que venga el que sepa de amor, a ver si puede amar con la pureza de amor que a Dios se ama...! ¡A ver si ama al ser amado como se ama a Dios...! ¡A ver si hay algún ser que tenga en sí tal amor, tal felicidad, y que sea tan ser en su perfección, que exceda infinitamente el deseo de amar de todos los amantes!

¡Así es Dios...! Es de tal perfección gloriosa, que excediendo nuestra capacidad de todo lo que podamos apetecer, nos hará tener nuestra glorificación máxima en gozarnos en lo que Él es.

Dime, ¿qué amas y por qué lo amas...? ¿En qué te ocupas cuando tu amor no es Dios...? En amar porque te corresponden, que al fin de cuentas es buscarte; en amar para gozarte tú, que es amor egoísta; en gozarte en el bien del amado porque encuentras un gozo... ¿Pero tú sabes lo que es Dios, y de qué perfección será, y qué gloria tendrá en sí, que la alegría de verlo a Él tan contento y tan feliz será tu bienaventuranza eterna...?

¡Qué será Dios, alma creada por el Infinito, cuando es capaz de saciar infinitamente toda la

exigencia de amor y felicidad que tú sientes...! Y esta exigencia la llenará en tal grado que no te acordarás de ti; excediendo la felicidad del Infinito tan infinitamente tu capacidad de amor, que ante tu impotencia por no poderte gozar en que Dios sea Dios como Él se merece, tu eternidad será adorar, aplastada por la gloria gloriosa que Él se es.

¡Amor...! ¡toda mi eternidad dándote gracias por ser Tú quien eres, agradeciéndote que Tú te seas...! ¡No porque yo lo goce, sino porque Tú lo seas! Toda mi eternidad gozándome ¡siempre, siempre, siempre!, esencialísimamente, en que Tú eres feliz, en que eres dichoso, en que eres el que te eres, y en que Tú te lo eres por ti mismo, y en que te tienes tu felicidad en ti mismo, y en que Tú te la eres, te la gozas y te la posees en ti y sin mí.

Dios mío, ¡qué alegría tan grande tiene mi alma de que seas tan feliz...! ¡Todo mi ser, una alabanza gozosa de tu gloria...! Toda yo un cántico de acción de gracias, porque seas tan feliz y tan dichoso; toda yo un cántico de júbilo, que en un éxtasis de amor te dice: Gracias, Amor, de que Tú seas el que te eres. ¡Gracias, Amor, gracias...!

¡Toda mi alma, en un puro acto de amor, estando robada solamente por el agradecimiento al Dios contento, gozándose en que Él se sea tan contento...!

¡Qué contento es Dios...! ¡Qué feliz se es el Ser en su ser, en sus Tres...! ¡Qué alegría tan grande tengo de que Dios se sea tan feliz, tan Ser...! ¡tan Ser...!; de que Dios, de tanto serse la Felicidad increada de perfección infinita, sea Uno y sea Tres.

[...] ¹ Amor... ¿de dónde a mí que yo pueda saber lo contento que Tú te eres para ti en tu seno...? Mi amor está contento, está en su centro gozándose en que Dios se es feliz, en que Él se es la dicha increada, el gozo infinito, la alegría eterna...

¡Amor...! ¡que te espero...! Que yo busco ansiosa estar en la Eternidad para llenar la exigencia que Tú, al crearme, plasmaste en mí, y esta necesidad de amor puro que, como esposa de tu divino ser, Tú me has dado. No porque aquí no pueda amarte, ya que mi vida es toda ella un acto de amor; sino por que sé y veo por experiencia que este grado de amor no siempre está en su centro como mi amor a ti lo reclama; porque yo necesito amarte con la perfección de los bienaventurados, y veo que te amo con el amor de los desterrados que mu-

¹ Con este signo se indica la supresión de trozos más o menos amplios que no se juzga oportuno publicar en vida de la autora.

chas veces es imperfecto. Solamente para poder amar gozándome en que Tú seas feliz y en que Tú seas Dios, ¡solamente para eso!, anso yo estar en la Eternidad, y así amarte en la máxima perfección según mi capacidad...

¡Amor...! yo no sé si me explico... Yo sé que no te sé decir a ti en ti, pero veo que tampoco sé expresar lo que siento por ti y de ti. Yo sólo sé que, cuando te deseo en tu gloria, que cuando la urgencia de glorificarte en el Cielo me roba y la exigencia de gozarme en que Tú te gozas me hace gemir con gemidos que son inenarrables por la Eternidad para glorificarte en mi máxima pureza de amor; entonces, según mi capacidad personal de desterrada, estoy en el grado máximo de amor puro que yo por ti puedo tener.

Yo no necesito ir al Cielo sino para gozarme en verte a ti gozar sin ocuparme de más. Y como sé que aquí no lo puedo hacer tan pura y constantemente como allí, por eso quiero estar allí; ya que deseo amarte donde más puramente pueda, y gozarme en que Tú seas Dios donde más pureza de amor tenga.

Amor, si yo puedo amarte aquí y glorificarte con la pureza de amor que mi alma ansía, me da lo mismo aquí que allí, ya que necesito amarte en el sitio donde más puro sea mi amor; no por disfrutar yo, sino por verte gozar a ti, aunque yo no me gozara; no porque yo

esté participando de tu contento al verte a ti gozar, sino porque allí será donde más puramente yo podré alegrarme en que Tú seas Dios...

¿Es que yo no quiero gozar de ti...? ¡Si para eso he sido creada...! ¡Si mi alma ansía vivir de tu Trinidad y engolfarme en tu ser para gozarte...! Pero, ante la urgencia casi infinita que me ha robado por gozarme tan sólo en que Tú seas Dios, todo lo demás como si no fuera.

Amor, yo necesito, por exigencia de haber sido creada para gozar de ti, ser feliz... Yo tengo impresa en mi alma la necesidad de poseerte y gozarte, la de conocerte y expresarte, la de amarte y ser amada con mi participación de ti... ¡Clamo en urgencias de vivir sólo para ti, de robarte y atraparte para mí, de gozarme en que Tú seas Tú para gozarlo yo!

Pero, ante la distancia como infinita de esta pureza de amor que Tú infundes en mi alma, de amarte sólo por ser quien eres, todo lo que no sea esta pureza de amor me sabe como a profanación; ya que mi alma, cuando está en su centro, necesita amarte a ti por ti, sin mí, en ti.

Mas, aunque la necesidad de gozarme por serte Tú el que te eres me hace vivir muriendo, sé que aumentar este grado de amor sólo aquí en la tierra puedo conseguirlo. Ya que cada segundo, viviendo en este estado de amor en que el Amor me tiene, yo alcanzo un aumento

de amor para mí y para todos los miembros de la Iglesia hasta el fin de los tiempos; y viviendo así, puedo conseguir que aumente el amor puro de cada alma, mediante el cual y por toda la Eternidad, ellas se gozarán tan sólo en que Dios sea Dios.

Y ante este programa que se presenta a mi vista de mi glorificación de Dios y de mi maternidad espiritual, ¿qué es más perfecto para mí, desear el Cielo o la tierra...? “¡Cumplir tu voluntad, Dios mío, es mi deleite, y tus decretos están en medio de mi corazón!”

Y todo esto, oh mi Trinidad Una, para tu gloria y tu gozo, que es mi gozo y mi gloria.

Este escrito, oh mi Trinidad Una, te lo dedico a ti, como himno de alabanza suprema y glorificación máxima que en la tierra puedo darte, ya que busco el darte a conocer y amar a ti, por ti, sin mí.

11-8-1974

¡NO ME LLAMES TAN URGENTE!

Yo llamo a la Eternidad,
y a mí me llama el Eterno.
Yo reclamo sus contactos,
y mi ser se abrasa en ellos.

Dios me lanza a poseerle,
y camina hacia mi encuentro.
¡Los dos vivimos buscando
lo que exige un mismo anhelo!

Dios necesita tenerme
en las lumbres de sus fuegos,
para mostrarme sus glorias,
para meterme en su seno
e iluminarme en las fraguas
de su infinito silencio;

porque sus celos son fuertes
como el volcán de su pecho,
y no resiste las penas
de mi penar lastimero.

Por eso, cuando se muestra
a mi espíritu sediento,

siempre le dice en amores
inflamado por sus fuegos:

¡Espera!, que son mis glorias
por las que aquí te retengo.
Que no es mi falta de amor,
porque me abraso en mis celos
de introducirte en mis soles
descorriéndote los velos.

Pero es tu gloria y mi gloria...
Los cantares que en ti he puesto
para que muestres mi vida,
son frenos a mis deseos
de adentrarte en lo profundo
de mi eterno ocultamiento.

¡Canta tu canción, Iglesia!
¡Espera en tu cautiverio!,
que Yo repleto tus triunfos
en frutos de extendimiento.

¡Resurge, esposa, y entona
el cantar de tus misterios!
¡No calles porque te opriman
los que no entienden tus ecos!

¡No temas, Iglesia amada,
a las huestes del Infierno
cuando intentan sofocar
tu glorioso ascencimiento!,

que Yo te tengo encerrada
en la hondura de mi seno.

¡No titubee tu brazo,
ni tu pecho rompa en duelo!
Esposa, Yo me complazco
en tu luchar lastimero.

¡Pero no clames tan fuerte
en tu lamentar sincero,
porque tu clamor es dulce,
tanto, que me pongo en vuelo
por los celos encendidos
que, ante tus penares, siento!

¡No me llames tan urgente,
pues retenerme no puedo
a tu voz que me reclama
entre sollozos de encierro!

¡Espera, Iglesia, que, al fin,
Yo me lanzaré a tu encuentro
y te llevaré a las bodas
de mi infinito secreto!

¡No penes, esposa amada,
porque me consumo en celos
y en ímpetus por sacarte
de la cárcel del destierro!

¡No me reclames, tan fuerte,
porque no ha llegado el tiempo,

y mis glorias son tenerte
todavía en este suelo,
para que alegres la Iglesia
con cantares de misterio!

No olvides, esposa amada,
en tu gemir lastimero,
que en la Iglesia te hice Madre
y has de dar vida muriendo.

¡Espera, porque aún es pronto!
¡Yo ya sé de tus tormentos!